

sacrificasen, si lo juzgaban conveniente, en Huexotzingo asistiendo al acto los chalqueños; pero si juzgaban más acertado que el sacrificio se verificase en Chalco, se dignasen los huexotzingos pasar á presenciarlo á esta última ciudad.

Cuando el variable Toteitzin esperaba recibir los plácemes y las gracias de los huexotzingos, vió entrar á los prisioneros que les habia enviado, custodiados por la misma fuerza que les sacó de Chalco.

Noble rasgo de los huexotzingos. La accion de Toteitzin, lejos de merecer la aprobacion de los huexotzingos, alcanzó su desprecio. La contestacion que dieron á los enviados que les presentaron los prisioneros, fué manifestar que no podian ni debian recibirlos.

«Decid al señor de Chalco—añadieron—que no es motivo para privarle á nadie de la vida, el ser fiel mensajero de su rey; que le devolvemos sus prisioneros, y que la nobleza huexotzinga no se presta á la infamia ni á las bastardas acciones que deshonoran.»

Desairado Toteitzin por los huexotzingos, puso en conocimiento de Maxtlaton la captura de Moteuczoma y de los demás individuos, diciéndole que determinase la clase de muerte que debia dárselos, y encargó el cuidado de los prisioneros á Cuateotzin.

Generosidad de Cuateotzin. Dotado éste de un corazon recto y compasivo, no podía ver con ojos serenos el trágico fin que esperaba á Moteuczoma y sus compañeros sin más delito que el de la lealtad á su soberano. Interesado al fin vivamente por la existencia del primero, le dijo que iba á proporcionarle la fuga.

Moteuczoma quedó asombrado de la generosa oferta de su carcelero, y al manifestarle su agradecimiento, le dijo que viese que se exponia á sufrir un terrible castigo de su señor Toteitzin. El compasivo custodio contestó que habia meditado ya en las consecuencias funestas que podrían sobrevenirle, pero que no podia resistir al deseo de obrar bien. «Sé—añadió—que caerá sobre mí el odio de Toteitzin; que me quitará la vida acaso; pero no me podrá quitar el placer de haber obrado bien; solo os ruego, si muero, que en recompensa de mis servicios, protejais á los tiernos hijos que tengo.»

Moteuczoma le prometió obsequiar su deseo si por desgracia acontecia el fin funesto que temia.

Cuateotzin, al abrir la puerta de la prision de los encomendados á su custodia, aconsejó á Moteuczoma que en vez de dirigirse á Méjico por tierra, marcharse por Izta-pallocan á Chimahuacan, y de aquí se dirigiese en una canoa ligera, conducida por buenos remeros, á Méjico.

Moteuczoma siguió fielmente el consejo, y pocas horas despues llegaba á la presencia de su monarca en medio de las aclamaciones del pueblo que le habia creído ya sacrificado.

Toteitzin, señor de Chalco, manda matar á Cuateotzin y á toda su familia. Mientras Moteuczoma y sus compañeros recibian los sinceros plácemes de la multitud y por la libertad alcanzada, el hombre generoso á quien eran deudores de ella pagaba con la vida la nobleza de sus sentimientos. Irritado Toteitzin contra él por la fuga de los prisioneros, mandó darle la muerte y descuartizarle, haciendo que sufriesen igual terrible castigo sus hijos y su esposa. Solamente un hijo y una

hija se pudieron salvar de esa espantosa hecatombe, ocultándose el primero en casa de unos parientes y refugiándose la segunda en Méjico, donde fué tratada con las altas consideraciones á que era acreedora por el heroico servicio prestado por su noble padre.

El señor de Chalco que esperaba recibir del rey de Azcapozalco los plácemes por la prision de Moteuczoma, se vió aun contrariado en su lisonjera esperanza. El tirano Maxtlaton, conservando su enojo por su pasada alianza con Nezahualcoyotl, le reprendió ágriamente por haber procedido á la captura de la embajada mejicana; le llamó hombre traidor y doble, y le ordenó que, sin pérdida de tiempo, dispusiese la libertad de sus inocentes prisioneros. Toteitzin sintió profunda pena al ver reprobada su conducta, y temiendo el enojo de Maxtlaton, le pidió humildemente su perdon protestando servirle lealmente en lo sucesivo. Así apareció con doble fealdad el horrendo crimen de haber quitado la vida al generoso Cuateotzin y á su inofensiva familia.

La órden del tirano Maxtlaton en favor de los desgraciados prisioneros, no fué sin embargo dictada en obsequio de un sentimiento noble y generoso del corazon, ni porque se hubiese operado en su alma un cambio favorable hácia los mejicanos. Jamás se habia encerrado mas odio en su pecho contra los habitantes de Méjico, ni habian bullido en su mente mas ideas de venganza contra ellos que en aquel instante. Era que con aquella órden se habia propuesto humillar la vanidad del señor de Chalco, y que viesse envuelta en la reprobacion del hecho de que se envanecia, el desprecio que le merecia por su pasada conducta.

Lejos de haber sido inspirada por un sentimiento generoso hácia los mejicanos la disposicion para que pusiesen en libertad á los embajadores, Maxtlaton se propuso abrir la campaña contra Nezahualcoyotl, atacando la ciudad de Méjico, y una vez tomada y destruida, marchar al encuentro del enemigo príncipe, y recobrar, derrotándole, todas las plazas que le obedecian.

Nezahualcoyotl, que comprendió el plan que se proponia desarrollar el usurpador, pasó á Méjico para concertar con el rey Itzcoatl, el que ellos debian adoptar. Despues de una larga deliberacion en que tomaron parte los hombres mas notables en las armas, convinieron en que las tropas texcocanas pasasen á Méjico y que, unidas á las mejicanas, defendiesen la ciudad como punto importante y de la mas alta trascendencia en la decisiva campaña, próxima á empezarse.

En medio de las penurias y escaseces que habian trabajado desde un principio á la reducida nacion mejicana, sus sufridos hijos, con una constancia inquebrantable, siguieron edificando casas, levantando puentes, construyendo canoas, aumentando el número de flotantes hueritos, haciéndose notables ya en aquellos instantes, entre sus muchas y notables obras, las anchas calzadas construidas sobre el lago, para facilitar su comercio y sus comunicaciones con el continente.

La plebe pide al rey de Méjico que evite la guerra con el de Azcapozalco. La plebe, al tener noticia de la próxima ruptura de las hostilidades contra los tepanecas que se disponian á tomar por asalto la ciudad, quedó consternada, temiendo ver desaparecer en un dia lo que les habia costado largos años de fatigas y de privaciones.

Y no era sin motivo el terror que entonces inspiraba á la plebe de las naciones cortas, la guerra con otra comparativamente poderosa. Para los vencedores que entraban en una ciudad, no habia ni ancianos, ni niños, ni mujeres, ni enfermos: todos eran tratados de la misma suerte. Las ciudades eran destruidas, y perseguidos los habitantes hasta en las cuevas de las montañas en que buscaban su salvacion.

La plebe, que no podia aspirar á ningun puesto honroso; que trabajaba para los reyes, la nobleza y los magnates; que no mejoraba de condicion en los triunfos, y que era la víctima en las derrotas, no podia, por mucho que sintiese ver á su nacion feudataria de otra, tomar un interés palpitante en la política.

Los reyes, los señores, la nobleza y el clero, eran los poseedores de la riqueza pública, de los honores, de las consideraciones y del mando. No debe extrañarse, en consecuencia, que los pensamientos levantados, los rasgos heróicos y el heroismo por la patria, no se encontrasen en la plebe, sino en las clases privilegiadas.

La plebe, considerando que de la lucha con los poderosos tepanecas no podria resultarle mas que la esclavitud ó el sacrificio, se agolpó á las puertas del palacio, y pidió al rey, con súplicas conmovedoras, que desistiese de su intento; que ofreciese al monarca de Azcapozalco separarse de la liga de los que le combatian, y que se llevase á la presencia de Maxtlaton al dios *Huitzilopochtli*, en hombros de los sacerdotes, para alcanzar su gracia y su perdon.

Los gritos de la multitud y las súplicas mezcladas con

algunas voces amenazadoras, hicieron titubear al monarca Itzcoatl sobre la respuesta que debia dar al gentío que continuaba en su demanda. Moteuczoma, que se hallaba al lado del rey y presenciaba aquella escena, sintiéndose indignado al ver la pusilanimidad de la plebe, tomó la palabra, y dominado por el noble sentimiento del amor á la patria y por el lustre de su buen nombre, dijo con acento de autoridad al pueblo, que era indigno de corazones mejicanos el paso de bajeza que se le proponia al rey; que nunca debian borrar los hijos de Méjico, que eran descendientes de aquellos héroes que inquebrantables en su fé y en sus resoluciones habian fundado la ciudad que habitaban; de aquellos hombres que la habian conservado luchando constantes por la independenciam y por la libertad. «Entre una muerte honrosa y una vida de ignominia —agregó— nunca, ningun mejicano ha dudado optar por la primera. Si no quereis renunciar al nombre honroso de mejicanos, si quereis ser dignos de la gloria heredada de vuestros abuelos, deponed el temor y poneos del lado de vuestro rey para rechazar á la nacion que trata de arrojar un borron de ignominia sobre la nuestra.»

Las palabras de Moteuczoma, pronunciadas con acento varonil y enérgico, entusiasmaron á la multitud.

1425. El rey Itzcoatl, aprovechando aquellos momentos de entusiasmo, habló á sus vasallos diciéndoles que no se trataba de provocar una guerra, sino de celebrar una paz honrosa; que antes de romper las hostilidades, se enviaria un embajador proponiendo un arreglo digno para las dos naciones; y que, puesto que la guerra no producía

en las sociedades sino ruina y desgracias, solo se recurriría á ella cuando no quedase otro medio de salvar su honra. En seguida invitó con la comision de embajador al que se encontrase con deseo, valor y disposicion para desempeñarla. El desempeño de la comision era peligroso. Todos temian presentarse ante el cruel y vengativo Maxtlaton. Los nobles se miraron sin atreverse á tomarla á su cargo, y todos permanecieron por un instante en silencio. Entonces el valiente Moteuczoma, dispuesto siempre á sacrificarse por la patria, se ofreció á desempeñar la comision, diciendo que perderia gustoso la vida en servicio de su país y de su rey. El monarca le abrazó enternecido, y poco despues Moteuczoma salia de Méjico para Azcapozalco. No habria llegado á la mitad del camino, cuando se encontró con una fuerza tepaneca. El intrépido jóven manifestó la comision que llevaba, y pidió que le dejasen pasar á conferenciar con el monarca. Los tepanecas le dejaron libre el paso, y Moteuczoma llegó al fin á la presencia del soberano tepaneca.

Despues de saludarle respetuosamente, el embajador mejicano le pidió una paz que fuese digna y decorosa para los dos pueblos. Maxtlaton le dijo que para resolver aquel delicado asunto dignamente necesitaba consultar con los consejeros y la nobleza; y que no siendo posible reunirles á todos en aquel instante, volviere al siguiente dia á saber lo acordado.

1425. Moteuczoma prometió volver, y haciendo otro saludo, se dirigió á Méjico, que solo dista legua y media de Azcapozalco. Al nacer el nuevo sol, el embajador mejicano volvió á

Declaracion de guerra entre mejicanos y tepanecas.

presentarse en la corte del usurpador. Maxtlaton le recibió con aire imponente, y le dijo que la resolucion del consejo, así como la suya, era la guerra. Moteuczoma, para manifestar que la aceptaba, hizo las ceremonias que en su nacion se usaban entre los magnates que se retaban. Las ceremonias fueron presentarle unas armas ofensivas, le untó la cabeza con un aceite aromático, colocándole en seguida en ella unas plumas, como tenian costumbre de colocarlas en la cabeza de los muertos. Este último acto de la ceremonia fué acompañado con las siguientes palabras dichas por el embajador: «Por haber rehusado la paz que en nombre de mi soberano os he ofrecido, vais á perecer al golpe de nuestras armas, lo mismo que el reino que mandais.»

Maxtlaton escuchó impasible aquellas palabras, y á su vez le dió armas á Moteuczoma para que las presentase á su rey Itzcoatl. Rotas así las relaciones, Maxtlaton, temiendo que el pueblo intentase algo contra el embajador mejicano, le dijo que saliese por una puerta secreta del palacio, valiéndose de un disfraz que le proporcionó. Moteuczoma consiguió de aquella manera ponerse fuera de la poblacion; pero dejándose llevar de su carácter atrevido, no quiso alejarse de allí sin hacer ver á los soldados que cuidaban la puerta de la ciudad, que habia logrado burlar los perversos intentos que habian acariciado de matarle. «Aquí me teneis, cobardes,—les dijo,—dueño aun de la vida que os habiais propuesto quitarme; temblad, que pronto nuestras armas tomarán venganza de las graves ofensas que vuestra nacion ha inferido constantemente á los mejicanos.» Los soldados tepanecas, irritados por